quita, se alarmaron y dieron señales inequívocas de descontento. Felizmente el P. Gil había levantado su plan de campaña, y estos primeros indicios de insurrección no le desconcertaron.

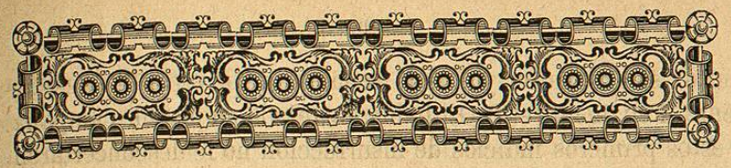
Entre los musulmanes conocía algunos no tan fanáticos como los demás; entró, pues, en relaciones con ellos, y logró hacerles declarar que en la susodicha mezquita había sido en otro tiempo templo cristiano, lo que demostraron más tarde hasta la evidencia los mosaicos hallados en la cripta.

Obtenido el escrito, el Padre compró al punto el sitio en donde yacían las ruinas, y para evitar toda agitación y la posibilidad de volverse atrás, decretó la demolición de lo que restaba del edificio. Al día siguiente á aquel en que había recibido el contrato de venta, un número considerable de obreros se habían reunido por orden suya en el terreno. Desde el alba pusieron manos á la obra y desaparecieron para siempre hasta los últimos vestigios de la mezquita.

Este acto de energía era tanto más necesario cuanto que los rusos pretendían también este santuario, y bien sabidas son sus usurpaciones en los Lugares Santos en donde cuentan siempre con la protección de su gobierno.

Los cimientos de la capilla de San Bartolomé están echados hace ya bastante tiempo. El trabajo de reedificación se comenzó bajo la inteligente dirección del cura de Caná, quien á su título de misionero puede añadir muy bien el de arquitecto y arqueólogo, pero han faltado hasta ahora los recursos para dar á la obra feliz término. ¡Qué gozo experimenta, sin embargo, el peregrino cuando viene hoy á arrodillarse en este lugar de tradicional memoria, en el que hace aún pocos años no se veían sino escombros guardados por una potencia enemiga y celosa! ¡Cómo bendice la mano de Dios que se ha manifestado aquí en su fortaleza y en su bondad! El fanatismo y las revoluciones, ha dicho Lacordaire, arrojan por tierra los monumentos, desfiguran los mármoles, rompen las inscripciones... jamás, sin embargo, ha podido borrar por completo de la memoria lo que Dios ha escrito allí por la vida de sus santos (1).

(1) La iglesia se termina en el momento en que esto se imprime. El altar mayor, de mármol blanco con un bellísimo bajo relieve, ha sido hecho por los cuidados del P. María, de Brest, comisario de Tierra Santa en París.



# CAPÍTULO XXXI

## SÉFORIS.—LA IGLESIA DE SANTA ANA. LA PEREGRINACIÓN DE 1850

### I

*Diocesárea.—Flavio Josefo.—Vespasiano.—Saladino. El golpe de muerte.*

Vamos hoy á visitar la iglesia consagrada á San Joaquín y Santa Ana en Séforis, su país natal, así como también las grandes ruinas que indican el lugar en que estuvo *Diocesárea*. Un país pintoresco, delicioso y encantado se ofrece á nuestra vista. El cielo es espléndido, el aire puro sin ser muy caliente; todo nos promete una deliciosa excursión.

Séforis está situada sobre una deliciosa colina plantada de olivos, pero sus casas no representan sino un montón informe de ruinas, á pesar de que se encierran en ellas cuatro ó cinco mil habitantes. Mas no era así en otro tiempo. Flavio Josefo la llama *grande* y *fuerte*, y tenía rango entre las plazas más importantes de Galilea. Sin embargo, á pesar de sus fortificaciones, Varo, gobernador romano, se apoderó de ella, la condenó á las llamas y vendió á sus habitantes en pública subasta.

Después de esta primera catástrofe, resucitó más gloriosa que antes bajo Herodes Antipas, que mandó rodearla de un muro para su mejor defensa. La Escritura no habla de Séforis. Todas sus vicisitudes tuvieron lugar durante las guerras de los romanos contra los judíos, guerras cuyo rigor se suavizó mediante el carácter singularmente obsequioso de sus habitantes. Cuando Cesto Galo recorría la Galilea al frente de sus legiones, los seforianos, no acordándose de lo que habían sufrido bajo la presi-

dencia de Varo, recibieron al nuevo capitán con mil demostraciones de júbilo como si hubiera sido su más grande bienhechor. Este, conmovido por tal manera de proceder, lejos de causarles daño alguno los trató como amigos.

Cuando algún tiempo después fueron empeorándose las cosas y los judíos temían una guerra general con los romanos, Flavio Josefo, que había sido nombrado gobernador general de la Judea, admirando la buena posición de Séforis y reconociendo los hábitos guerreros de sus habitantes no menos que sus grandes riquezas, les permitió completar sus fortificaciones de manera que no tuviesen que temer los ataques de ningún enemigo. Los seforianos quedaron al parecer satisfechos, pero cuando supieron que llegaba Vespasiano con su ejército para subyugar la nación judía, previendo que la Galilea iba á ser desde luego teatro de la guerra, no temieron hacer traición á las esperanzas de sus hermanos; proveyeron, pues, á su seguridad abriendo las puertas á los invasores, quienes de esta suerte entraron en la ciudad como señores y como aliados. Al saber esto Flavio se irritó de tal manera, que volvió contra los habitantes de Séforis las armas que había preparado contra los romanos; pero éstos los defendieron tan enérgicamente, que el gobernador de Galilea se vió precisado á batirse en retirada é ir á esperar al enemigo á Tiberíades.

La destrucción completa de Séforis se remonta á la época de los Cruzados. Después de la sangrienta victoria de Hittin, preparándose Saladino para sitiar á Tolemaida, hizo asolar las campiñas de Galilea. Séforis, Caifa, Nazaret y Cesarea fueron pasadas á sangre y fuego. Los hombres fueron hechos prisioneros, y las mujeres y niños reducidos á la esclavitud. Esta devastación fué el golpe de muerte para la patria de San Joaquín, que vino á ser un montón de ruinas habitadas por miserables fellahs. Un fanatismo desconfiado y cruel veló hasta el presente sobre estos restos, sin que ningún europeo pudiese acercarse á ellos sin ser insultado y arrojado á pedradas. Sin la influencia de los Hijos de San Francisco, únicos á quienes los turcos conceden alguna cosa, las puertas de esta interesante región estarían todavía para nosotros completamente cerradas.

El haber dado nacimiento á Santa Ana y á San Joaquín, es



la única gloria que le resta á Séforis; y su belicosa historia se resume en adelante en la de las vicisitudes por que ha pasado la bendita casa de los afortunados padres de María.

## II

*El conde José.—La iglesia de Santa Ana.—Tres naves.—Treinta casuchas.—La retirada de Ibraim.*

En el siglo IV, el conde José, gobernador de Tiberíades, edificó sobre esta santa morada una iglesia, que el año 614 cayó bajo los golpes del terrible Cosroes.

Reedificada por los cruzados, mereció los elogios de Cuaresmio, que la señala como un monumento grandioso, cosa que no puede ponerse en duda después de las recientes excavaciones de los Franciscanos. La iglesia tenía tres naves, sostenidas por dos filas de columnas que yacen hoy por el suelo, las unas enteras y las otras hechas pedazos. Con sus bases y capiteles reunidos, se podría hacer una montaña; tan gigantescos son estos restos.

Las tres naves se terminaban por tres ábsides. La de la derecha se diferencia de las otras dos; es cuadrada, y tendrá como unos seis metros de longitud por cinco de anchura. Esta estructura tan extraña fué debida al deseo de conservar una gran reliquia. La opinión, siempre constante sobre este punto, es que este ábside encubría la casa de San Joaquín y de Santa Ana. Los Franciscanos, que han venido recogiendo de siglo en siglo las tradiciones de sus predecesores, levantaron allí, y no en otra parte, su altar para la celebración de la santa Misa.

El edificio, debido á la piedad del conde José, no fué arruinado solamente por los enemigos de fuera y por la acción roedora de los siglos, sino también por el fanatismo de los seforianos, que emplearon el martillo para destruir lo que la guerra y el tiempo habían respetado. En el momento en que fué restituido al culto, ocupaban las naves treinta casuchas turcas, de las cuales veintiséis estaban habitadas y las restantes servían de hornos para hacer pan. Alrededor había cuadras llenas de toda suerte de animales.

Por lamentable que fuese el estado en que se encontraba el santuario de Séforis, bajo sus profanados muros resonaba aún de tiempo en tiempo el dulce murmullo de la oración. En virtud de un antiguo privilegio, cada quince días venía un Padre del convento de Nazaret á celebrar los Santos Misterios en el ábside desolado que cobijaba el sitio en que estuvo la casa de los padres de la Virgen, y el día de Santa Ana, la Comunidad entera pasaba allí el día en oración.

En 1840, época de la retirada de Ibrahim-Bajá, los seforianos, reavivando repentinamente su fanatismo, no se sabe por qué causa, se opusieron á todas las prácticas religiosas de los Franciscanos. Queriendo éstos vencer su malquerencia, se atrevieron á comparecer en el santuario, pero al punto cayó sobre ellos una lluvia de piedras. Todas las tentativas que hicieron para proseguir su culto y aun para hacer su peregrinación acostumbrada, fueron completamente inútiles por espacio de seis años.

## III

*El compromiso.—La Misa antes de la aurora.—Los incidentes de la peregrinación.*

En 1850 lograron ganarse la benevolencia del cheick de la población, y mediante algunos presentes, obtuvieron de nuevo, aunque con algunas restricciones, el ir á celebrar la fiesta de Santa Ana en el lugar de su nacimiento.

No debían hacer ninguna *fantasía*, ni cantar, ni manifestar la menor señal de regocijo, ni conducir consigo la población cristiana de Nazaret. Además, todas las Misas debían celebrarse de noche; no debía tocarse en ellas la campanilla al *Sanctus* ni á la *Elevación*, ni cantar la Misa solemne, y era necesario retirarse antes de salir el sol. He aquí cómo nos refiere un religioso, testigo ocular de los sucesos, todas las peripecias que siguieron al tratado de paz.

El primer año se fué á Séforis de noche, y después de algunas Misas, celebradas antes de la aurora, se volvió tranquilamente á Nazaret sin haber experimentado la menor agresión por parte de los habitantes. El segundo fuimos con un



poco más confianza; se celebraron muchas Misas, una de las cuales fué cantada, y se prolongó la ceremonia hasta la primera hora del día con toda tranquilidad.

Esperábamos que el tercer año podríamos hacer todavía más. Queriendo, sin embargo, obrar con la más exquisita prudencia en un negocio tan delicado, se envió la víspera al Procurador del convento á Séforis con el encargo de visitar al cheick y ofrecerle los presentes de costumbre, consistentes en azúcar y café. Después de una acogida muy simpática, nos dió facultad de cantar la Misa seguida de las letanías de la Virgen. Todavía más, nos permitió que fuesen con nosotros los peregrinos europeos que entonces se hallasen en Nazaret, y que pasásemos á nuestro grado todo el día en el lugar, *tomando sobre su cabeza*, según la enérgica expresión de los árabes, cualquier insulto ó agresión que pudieran hacernos sus súbditos.

Después de haber asegurado con estas medidas una pacífica peregrinación, dejamos á Nazaret á media noche, caminamos á la luz de las estrellas y llegamos á Séforis antes de rayar el alba. Los habitantes estaban todavía durmiendo y no quisimos despertarlos con nuestros cánticos; pero una jauría de perros comenzó á ladrar por todas partes dando la señal de nuestra llegada.

Sin embargo, como el camino es tan frecuentado por los nazarenos y cananeos que hacen ordinariamente de noche su viaje á San Juan de Acre, los vecinos de la aldea no se movieron, creyéndonos mercaderes. En cuanto á los perros, viendo que no nos acercábamos á las casas de sus dueños sobre cuyos terrados hacían la guardia, se callaron poco á poco y reinó de nuevo el silencio en todos aquellos alrededores.

Junto á las ruinas de la iglesia de Santa Ana, encontramos una docena de familias de gitanos que habían arrimado á estos restos venerados sus cabañas de tierra y follaje. Mas á causa de la extrema estrechez de sus chozas, que parecían más bien guaridas de venados que habitaciones de hombres, muchos, por no quedar sofocados de calor, dormían fuera y precisamente en el mismo sitio en donde nosotros debíamos erigir el altar. Asustados de nuestra llegada, se pusieron en pié al momento; y viendo que éramos una caravana de peregrinos extranjeros que querían apoderarse de su miserable albergue, comenzaron

á murmurar entre sí, aunque habituados al palo que bajo el gobierno de Mehemet-Aly repasaba de vez en cuando sus espaldas con gran placer de los europeos, apenas supieron el motivo de nuestra aparición nocturna se apresuraron á dejarnos libre el puesto, contentándose después con levantar sus cabezas con curiosidad para saber lo que haciamos de misterioso. Ellos también eran extraños en esta tierra, tanto como nosotros, y así nada teníamos que temer de parte suya.

Los seforianos no fueron tan pacíficos. Apenas apareció la aurora, los ociosos, que no faltan en ninguna parte, pero que en los países musulmanes forman la mayoría, habiéndose apercibido de que habíamos comenzado nuestras ceremonias, vinieron como avispas á zumbar alrededor nuestro.

Unos eran atraídos por la curiosidad ó por la esperanza de saborear una taza de café, que en tal circunstancia á nadie se niega, otros venían con intenciones malignas, pero sabiendo que estábamos protegidos por el cheick, y previendo que todo acto de hostilidad sería seguido del castigo, se pusieron simplemente en observación, hasta que el fanatismo y la malignidad que les son tan connaturales estallasen con ruidoso estruendo. Subidos algunos sobre la bóveda medio desplomada del ábside en que estaba nuestro altar, se pusieron á mirarnos detenidamente como aves de rapiña. Después, acurrucándose en las excavaciones practicadas por sus antepasados, comenzaron á arrojarnos chinas y piedras, pero con tal habilidad, que parecían caer puramente por causalidad. Queriendo reprimir su audacia aunque sin irritarlos, fingimos no apercibirnos de su malicia y les enviamos el genízaro. Nuestro hombre se puso de guardia en lo alto del muro como un centinela, é hizo bajar uno tras de otro á aquellos importunos visitadores.

Habíamos celebrado ya tres Misas que debían ser seguidas de otras tres antes de la solemne. Mientras llegaba el tiempo de cantarla, algunos religiosos salieron afuera á fin de respirar por breves instantes el aire puro del campo. Entre éstos se halló el P. Angelo de Ceriano, á quien sus funciones de Procurador del convento de Nazaret le habían dado un perfecto conocimiento de la localidad. Me propuso el ir á visitar un antiguo sepulcro que los hebreos pretenden, no sé con qué fundamento, ser el de Dina, hija de Jacob. Yo acepté de muy buena gana esta invitación, que



me presentaba ocasión oportuna para hacer un nuevo estudio, y partimos. Apenas habíamos andado diez minutos de camino, cuando una piedra gruesa como el puño pasó silbando junto á nosotros; y era tal la vehemencia con que hendía el aire, que parecía lanzada con honda. No habíamos tenido aún tiempo para volvernos á fin de saber quién era el que nos saludaba con tan poca cortesía, cuando otra piedra, semejante á una bala de fusil, pasó rozando nuestras cabezas. Entonces nos convencimos claramente de la imposibilidad de pasar adelante, y dejando para mejor ocasión el visitar el sepulcro de Dina, volvimos hacia atrás nuestros pasos.

## IV

*El hijo de Mussa.—El genízaro.—El cheick y su hijo.*

Al volver, observamos tres individuos de siniestro continente que hablaban entre sí afectando estoica indiferencia. Nosotros los supusimos autores del delito, y llamamos al genízaro á fin de que les pidiese razón de tal insulto. Uno de los tres emprendió inmediatamente la fuga, yendo á ocultarse tras de la montaña sobre la que está edificada Séforis, con lo que demostró su culpabilidad. Los otros dos fueron sometidos á examen, pero negaron enérgicamente habernos lanzado piedras; y habiéndoles intimidado que denunciasen al culpable, rehusaron absolutamente. Entonces el genízaro, investido de toda la autoridad que le daba su título de *Santón* (había hecho la peregrinación á la Meca), se puso á jurar de una manera formidable para los mahometanos. «*Por la oración de Mahoma*, dijo, me tenéis que declarar el nombre del que ha huido.» A este exorcismo musulmán, los jóvenes temblaron de miedo, y sin tardar un instante, respondieron: es el hijo de Mussa. Satisfecho el genízaro se fué á dar cuenta de esto al cheick.

Pero no era esto solo; también los otros religiosos que habíamos dejado en el santuario recibieron graves insultos que nos pusieron en gran consternación. Los turcos que habían sido constreñidos á bajar de encima del ábside, volvieron á subir de nuevo tan pronto como desapareció el genízaro. Llenos de audacia y perversidad, arrojaron una gruesa piedra sobre el altar en

el momento mismo en que el sacerdote elevaba la Sagrada Hostia, lanzando otra sobre un Padre que salía de la capilla, faltando muy poco para que lo matasen. Estas criminales tentativas nos hicieron suspender las ceremonias.

Estábamos reunidos fuera de la iglesia esperando con grande ansiedad al cheick, que no tardó en aparecer, precedido de nuestro genízaro y seguido de dos de sus hijos, armado cada uno de su bastón para administrar justicia.

Tan pronto como se informó de las violencias que habíamos sufrido, subió sobre una eminencia desde donde podía ser visto de todos, y habló en estos terminos:

—La oración es buena para todos. Los Padres de la Cuerda no hacen sino cumplir los deberes que les impone su religión ni más ni menos que los musulmanes. Sabed, además, que esta iglesia de Séforis ha sido siempre lugar de peregrinación para los francos, que aun en Constantinopla y á vista del sultán son libres para ejercer su culto. Otros muchos argumentos añadió dignos de un misionero ó de un abogado pagado para defender nuestra causa.

¡Ay! Entre estas gentes, la vista del bastón hacía más que todas las razones de su jefe. Este, prevaliéndose de su autoridad siempre temida, intimó á los turcos que habían quedado aún sobre la bóveda de la iglesia que bajasen inmediatamente, amenazando con una paliza al primero que se atreviese á molestarnos. Les prohibió severamente á todos el acercarse al santuario hasta que nosotros hubiésemos terminado nuestras ceremonias. Queriendo dar después un brillante ejemplo de justicia, envió á sus dos hijos á que buscasen al de Mussa que nos había tirado la primera piedra. Lo encontraron escondido en una zanja, y temblando como una hoja de un árbol, y habiéndolo sacado fuera, lo arrastraron hasta delante su padre, quien lo condenó á recibir en presencia de todos cincuenta palos sobre las plantas de los pies. Sus mismos hijos debían ser los ejecutores de esta sentencia tan rigurosa; pero intercedimos nosotros por el culpable y le obtuvimos el perdón.

El cheick volvió á su casa dejándonos sus hijos para salvaguardia y jurando sobre su cabeza que nadie se atreviese á insultarnos en lo sucesivo. De hecho no fuimos objeto de ninguna provocación, pero conmovidos aún por las desagradables escenas en las que pudimos ser víctimas del fanatismo, nos dispensamos por aquel año de la Misa solemne y de las letanías. Rezamos en voz baja las oraciones acostumbradas, desnudamos el altar y nos marchamos.



Antes de volver á Nazaret, nos invitó el cheick á tomar café en su propia casa. Rehusar esta cortesía hubiera sido renunciar también para los años siguientes á la peregrinación de Séforis. Aceptamos, pues, la invitación, manifestándonos muy honrados por ella.

Se nos introdujo en el piso bajo en un pequeño diván, cuya rusticidad correspondía con la miserable apariencia del lugar. Ningún mueble, ningún cojín, ningún tapiz adornaba la sala; no había sino una estera, sobre la que nos acurrucamos, según la costumbre árabe. El cheick tenía cuatro mujeres, y su hermano, que habitaba con él, tenía igual número. No permitió, sin embargo, que ninguna hiciese los honores de la casa; sus hijos fueron los que nos sirvieron el café mientras que él conversaba con nosotros. Su conversación estuvo llena de naturalidad y confianza. Muchas veces nos manifestó el desagrado de lo que había sucedido, y añadía dulcemente: «La falta ha sido vuestra, ¿por qué no habéis venido ante todo junto á mí?»

Nosotros le respondimos que habiendo llegado de noche, la delicadeza no nos permitía venir á turbar su reposo. «Está bien, replicó; pero yo no hubiera en manera alguna dejado de dar las órdenes debidas para que fueseis respetados, ó hubiera mandado á mi hijo, cuya presencia hubiera sido más que suficiente para reprimir ese puñado de tunos que se halla en la población.»

Aprobamos su razonamiento, haciéndole ver además que gracias á su intervención todo había terminado bien, y que esperábamos en lo sucesivo tenerle siempre por nuestro amigo y protector (1).

---

(1) Perinaldo, *Viaggio in Terra Santa.*